

HISPANIDAD Y DOMINICANIDAD

Por Carlos Dobal

Antes de la caída de Trujillo, nadie había estudiado seriamente la dominicanidad. Después, ha corrido más de una veintena de años de acuciosa investigación sobre este tema.

Han sido planteadas diferentes posiciones. Básicamente, sobre las influencias que, en nuestra peculiar idiosincrasia, han ejercido las distintas razas que se mezclan en nuestra sangre: blanca, negra, india... Las posiciones han sido siempre extremistas: predominio del factor blanco europeo, del factor africano, o vigencia de una tesis: los genes autóctonos determinan nuestro comportamiento.

Si nos ceñimos a la verdad estadística, a fines del siglo XVIII (1794) teníamos unos 100,000 habitantes, de los cuales una tercera parte eran blancos (Ver Franco Franklin, **Los Negros, los Mulatos y la Nación Dominicana**, Ed. Nacional, pág. 72 y 73). Desde aquella época, hay que resistir a la verdad social para ignorar que el dominicano ha tendido siempre a "blanquearse". Así tenemos que desde el proyecto de Código Carolíneo Negro, por 1784, se distinguía el avance racial por generaciones, hasta la sexta, era computada como "blanca", "si siempre ha habido enlaces con sujetos de sangre blanca", dice Larrazábal blanco, en su libro "**Los Negros y la Esclavitud**".

Y cuando se habla de "blancos", la directa referencia es "española", cuya idiosincrasia se evalúa altamente en la parte española de la isla, cualquiera sea el matiz de la piel del individuo que habita en esta región.

Esto hace decir irónicamente a Federico Henríquez Grateraux que "no somos blancos de verdad, pero podríamos ser negros de mentira", seguramente aludiendo a una posible absorción haitiana (El Listín, agosto 31, 1983, pág. 6). Para añadir a seguidas: "El Santo Domingo Español es plenamente una población de mulatos desde

mediados del siglo XVII, desde esa fecha la corona española tuvo que aceptar que los mulatos tuvieran cargos públicos”.

En el sentido expresado, los que nos hemos asomado a la Historia Colonial Dominicana (a aquella de los documentos de los archivos, no a otra) sabemos que el mulato dominicano histórico tenía la idiosincracia del padre español y disfrutaba la condición social de éste, y también de su apellido, sin que se tomara muy en cuenta el matiz de su piel. Así tenemos que, cuando se solicita plaza en el Cuerpo de Dragones para el heredero del primer Barón de la Atalaya, se le describe como “de color trigueño”... (Este documento puede consultarse en nuestro archivo familiar, sección de la familia Guzmán-Meléndez, heredera de la Baronía referida).

Abundando en el extremo indicado, tenemos que el célebre canónigo Antonio Sánchez Valverde, autor de “**Idea del Valor de la Isla Española**” -que era, al decir de Morilla, hija legítima de don Juan Sánchez Valverde y doña Clara Díaz de Ocaña, ambos de familias distinguidas- “era de color moreno, cejas pobladas y nariz aguileña (Orden de Detención del Gobernador Peralta contra el canónigo, obra de referencia, pág. 26). Y en su pasaporte aparece que “tenía el aspecto lozano y conservativo que comúnmente se encuentra en el tipo del mestizo, de bastante menos edad de la que realmente tiene”. (Op. cit. pág. 26).

Es importante recordar también a los “morenos españoles” -hombres de piel oscura, europeizados, producto de un medio tradicional hispanizante que van a integrarse indudablemente a la genética de nuestra nacionalidad. Ellos van a pelear al lado de España contra los franceses y también, curioso desdoblamiento, contra los haitianos. Esta idiosincrasia de español -independiente de la pigmentación de la piel- y que va a florecer posteriormente en una patriótica dominicanidad, fue recogida en los principios proclamados por los trinitarios cuando decían que “la ley no reconoce más vileza que la del vicio, ni más nobleza que la de la virtud, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de la sangre, contraria a la unidad de raza que es uno de los principios fundamentales de nuestra asociación”. Estos principios fueron aceptados plenamente por los nueve trinitarios fundadores, a pesar de que “todos procedían de familias hispánicas oriundas de la Península, de las Canarias y de las Baleares (Franco, Franklin, obra citada, pág. 146).

Ahora bien, mi maestro, el hispanista Federico de Onis, afirmaba certeramente en sus cátedras que el primer independentista de América fue aquel español que, en desacuerdo con el régimen autoritario de los Reyes Católicos, cruzó el Atlántico y se estableció, a pesar de todas las dificultades, en suelo americano... Y nosotros añadiríamos que aquel español, casado o amancebado con indias o negras de América, procreó al dominicano arquetípico, que habría de despertar, tras largo letargo, en el criollo pequeño burgués, profundamente integrado racialmente, que para el profesor Juan Bosch, en su libro **"Composición Social Dominicana"**, "se sumó a los cultivadores de tabaco y a los comerciantes del Cibao, y acabó tomando en 1838 la dirección de la vida política nacional; o que por lo menos tomó la dirección de la tarea de organizar a los dominicanos para que lucharan por su independencia".

En síntesis, podemos afirmar que en el proceso histórico dominicano, que cimienta la base ideológica de nuestro pueblo y que facilitó la formación de la nación dominicana y el valor de la dominicanidad, el árbol hispánico tuvo fuerte y profunda raíz, independientemente del matiz de su fruto, básicamente variopinto.

Por razones semejantes, don Miguel de Unamuno, que definía la hispanidad como una comunidad de cultura histórica, ponía como uno de los heraldos histórico-hispánicos a "Benito Juárez, libertador y refundador de su heroica patria -indio occidental mejicano- zapoteca puro sin sangre europea; y al indio oriental filipino José Rizal -Tagalo sin sangre europea- asesinado en Manila por la monarquía española, que murió despidiéndose de sus Filipinas con un magnífico canto en castellano"... (Unamuno, Miguel, **Visiones y Comentarios**. -Austral, pág. 53-).

Por todo lo expuesto, hay que concordar con Frank Moya Pons cuando dice que "el sentimiento de hispanidad del dominicano ha sido más fuerte que la percepción real de la raza". (Moya Pons, Frank. **Notas para una Historia de la Iglesia en Santo Domingo**. Eme Eme, Vol. 1 No. 6, Pág. 11).

Es imprescindible, al llegar a este punto, interrogarnos sobre las características idiosincráticas dominicanas que pueden apreciarse también en los hispánicos.

Un cuadro somero arrojaría:

1. Pasión por la defensa de sus derechos individuales.

2. Valor y honor

3. Dignidad e hidalguía.

Se integran estos valores mencionados a la vertiente espiritual que nos une a la hispanidad; éstos deben considerarse estrechamente unidos a la Lengua Castellana y a la Religión Católica, de las que no trataremos específicamente, ya que requieren un estudio aparte.

Tampoco trataremos los importantísimos elementos hispánicos de nuestra cultura dominicana porque han sido tratados extensamente en nuestro ensayo *Influencia Española en la Cultura Dominicana*, publicado por el Museo del Hombre.

La pasión por la defensa de los derechos individuales puede llegar a los extremos que señala Ganivet, cuando dice que esta pasión lleva al español a tener "por ideal poder llevar una cédula declarándolo autorizado a hacer lo que le diera la gana". Esa "gana", tan característica del individualismo nuestro, palabra española que no tiene traducción en otra lengua, que es una "especie de pasivos apetecer", como dice el conde Keyserling.

Reflejos positivos de esta pasión hispana y dominicana por los derechos individuales aparece claramente en Juan Pablo Duarte. Lo que no resulta extraño, pues, dice Joaquín Balaguer que, "el padre de Duarte estimaba que su hijo era quien había heredado las grandes virtudes de su raza". (Balaguer, Joaquín. *El Cristo de la Libertad*, pág. 32).

Para entender y asimilar esta respuesta del Padre de la Patria, debemos acudir al escritor español Francisco Ayala, quien en su *Historia de la Libertad* dice: "Para el hombre de la Edad Media no había libertad, pero sí "libertades", constituidas por el deseo de cada cual, de él, no de otros, que podría ser más o menos extenso, pero que en principio era extensible, pues se hallaba sostenido en su esfuerzo y apoyado en su ser concreto y en su concreta condición social, aun cuando esta no fuera sino la de vecino de un cierto municipio protegido por su correspondiente fuero, o hasta la de siervo de cierto señor que le debía protección y justicia.

La pluralidad de poderes les permitía contrapesarse y actuar de recíproco freno en esa compleja sociedad, donde ninguno podía considerarse como absoluto y donde la jerarquía iba perdiendo en efectividad, conforme ganaba en altura y extensión, hasta concluir en la

actividad política del Reino (del Imperio) y la autoridad religiosa del Papado, que por su parte, se contrapesaban entre sí”.

Y añade después el referido autor: “Semejante organización pluralista, conducía a un resultado de efectiva libertad al dar entrada amplia a la voluntad de cada parte en la adopción de las resoluciones importantes y al procurar a cada hombre, dentro de su posición, la conciencia firme y recia de su valor y de sus derechos”...

Por eso en los albores del moderno régimen liberal, se volvieron los ojos a las instituciones políticas de la Edad Media, buscando en ella inspiración para el nuevo ordenamiento de la libertad y tratando de formar una tradición con la que respaldar las pretensiones innovadoras de quienes las defendían (Ayala, Francisco. *Historia de la Libertad*, Atlántida, 1961, pág. 144). En cuanto al valor dominicano y al honor en la guerra, hijos legítimos de nuestra ascendencia hispánica, debemos acudir a todo lo escrito por un dominicano arquetípico: Gregorio Luperón. Dice el prócer: “El dominicano es tan valiente como hidalgo; arrojado y terrible en el combate, como humanitario y compasivo en la victoria”. Y añade Luperón: “En ninguna parte del mundo, han habido tantos héroes”. En esta opinión coincide el glorioso guerrero dominicano con un distinguido soldado español, don Ramón González Tablas, quien en su **Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo**, afirma: “Los jefes dominicanos son por lo general personas de valor muy acreditado en sus guerras y discordias civiles. La cualidad más relevante del país es el valor”. Hay que considerar la importancia de esta afirmación en un militar español que había peleado en Santo Domingo, contra los dominicanos.

Por otra parte, Luperón, nuestro broncíneo coloso, cuando habla del tratamiento que dieron distintos pueblos a sus esclavos de América apunta: “Los españoles daban su nombre y su educación a los hijos que tenían con sus esclavas; los franceses les daban la libertad y la educación, pero no su nombre. Los ingleses no los miraban como gentes, aunque fueran sus hijos”... (Luperón, Gregorio, **Autobiografía**, pág. 428). Como vemos, Luperón tenía a orgullo su hispanidad, flor que no marchitaba el ardiente bronce de su mestizaje. Por esto decía, en un hermano paisaje de su autobiografía: “Los españoles de ambos mundos, no obstante sus divisiones y quebrantos, son todos hijos de Pedro López de Ayala, de Cervantes y de Alfonso El Sabio. Después, de la gran Isabel la Católica que por la extensión y unidad de España y la conquista de América, de todos fue madre, puesto que a todos dio gloria y patria”.

Observemos que en este párrafo habla el egregio Luperón de españoles de ambos mundos. Y concluye: “Y aunque la unión política se deshizo entre gentes de la misma lengua y casta, son indudables los lazos de fraternidad y no pueden romperse los del origen, del genio y de la gloria”. (Luperón, Op. Cit., pág. 432).

Tampoco Luperón menospreció la tradición hispánica de las familias coloniales, antes la consideró simiente preclara de la dominicanidad. Así, cuando propone a don Casimiro de Moya como candidato a la Presidencia de la República en 1844, exalta en él, “su hidalguía jamás desmentida, su valor y su patriotismo”, añadiendo que “pertenece a una familia cuyo origen se pierde con los primitivos fundadores de La Vega”. (Luperón, Op. Cit., pág. 135).

Para culminar expresando: “Sépalos quien tenga interés en saberlo. España no tiene hoy enemigos en las naciones que fueron sus colonias en América, sólo hijos emancipados que son, para los españoles, verdaderos hermanos”.

Pero las características que hemos citado en tercer lugar: dignidad e hidalguía dominicanas, aquellas que hemos dejado para culminar nuestra exposición por su principal importancia, requieren un estudio un poco más detallado. Primero, por sus valores básicos en la idiosincrasia española y, segundo, porque aparecen de un modo señero en el primer patriota dominicano: el cacique don Enrique del Bahoruco, Enriquillo.

Pero comenzaremos por hablar algo de la dignidad española: “La dignidad de España es algo más que una noción ética, es una vivencia, un sentimiento, un rasgo central del carácter. No se adscribe a la persona en términos abstractos, sino al individuo más concreto: al yo, Fulano de Tal. No se aspira a ella, se la tiene. No es patrimonio sólo de caballeros, sino hasta de pordioseros”. Así dice Jorge Mañach, mi maestro, que fue discípulo de Unamuno, quien lo llamó “joven maestro cubano de apellido de estornudo”...

El primer dominicano sin gota de sangre española, pero lleno del verdadero espíritu de libertad individual, austeridad, lealtad, dignidad, hidalguía y valor que integran la verdadera hispanidad fue -paradójicamente- el primer adversario de España en el Nuevo Mundo, nuestro heroico y legendario cacique Enriquillo.

Educado en la austeridad y seriedad española por sus maestros

franciscanos, dice Peña Batlle que, “el cacique era sobrio en maneras y apetitos. No se excedía en el comer ni en el beber... Las condiciones morales de Enriquillo eran más que corrientes, eran relevantes. Religioso a carta cabal, no abandonó sus hábitos culturales, ni aun en los años de la rebelión, porque en el Batoruco cumplía donde las circunstancias lo permitían, con los preceptos de la Iglesia. Las reglas de vida que impuso a los rebeldes eran severísimas. Espejo de sus propias costumbres y de las de la cacica, su mujer. (Peña Batlle toma todos estos datos de los cronistas Herrera, Oviedo y Las Casas).

Las Casas llama a Enriquillo “hombre grave y sereno”... Y no se alzó Enriquillo en sus lomas del Batoruco, sino después de haber agotado todas las instancias para que se le hiciera justicia y se le dejara vivir tranquilo. Así vemos que, afrontado por Andrés Valenzuela, que le tomó una yegua que poseía, y que después trató de violar a su esposa y hasta lo golpeó por agraviarlo más, se quejó el cacique ante la justicia del Teniente del Gobernador de la Provincia, primero. Sin ser escuchado, lo hizo luego, ante la Audiencia, que lo remitió al mismo Teniente de Gobernador, sin otro remedio... El Teniente antes de escucharlo, tornó a ofenderle y a amenazarle... Entonces, agotadas como vemos, todas las posibilidades, el cacique se alzó en los montes con los suyos, en el año 1519.

El valor de Enriquillo en la guerra iba acompañado de la magnanimidad y de la hidalguía -tan española- con el vencido. Así vemos que, cuenta Las Casas, “acaeció una vez, que perseguido por los indios unos españoles se refugiaron en una cueva y queriendo los primeros allegar leña para ponerle fuego e quemayos”, les mandó Enriquillo dejarlos, no queriendo que se quemasen, sino sólo quitarles las armas y dejarlos ir.

El cacique, dice Las Casas, tenía mandado no matar españoles “sino fuese en el conflicto de la guerra. Fuera de ella a ninguno molestarse debe”, afirmaba.

Por otra parte, eran su valor y audacia tan relevantes que, también dice Las Casas, “ninguna de las muchas veces, que fueron los españoles contra él, hubo de dejarlos de desbaratar”.

Dice Peña Batlle: “El cacique del Batoruco no se levantó en 1519 contra el dominio de la Corona de Castilla, ni contra los títulos que la investían con el poder político sobre las tierras descubiertas. Enriquillo protestó de la ausencia de justicia y de los más elementales

principios de equidad. Protestó de la falta de respeto al individuo. Enriquillo protestó por hidalguía. El cacique no se dolió de ser vasallo, sino de ser tratado como esclavo. En las montañas del Bahoruco se defendió y reclamó -por vía de las armas y por primera vez en América- el mínimo de concesiones sociales que una persona necesita para vivir como vasallo, súbdito o sujeto político, en un régimen cualquiera de autoridad”, apunta Peña Batlle.

Dice Oviedo: “Entre otros caciques modernos o últimos de esta isla Española, hubo uno que se llamó Enrique, el cual era cristiano bautizado y sabía leer y escribir, y era muy ladino y hablaba bien la lengua castellana. Este fue desde su niñez, criado y adoctrinado por los frailes de San Francisco y mostró en sus principios que sería católico y perseverante en la fe de Cristo (Capítulo I, Versículo IV, pág. 140).

La hidalguía del cacique lleva a Las Casas a afirmar que “hizo la más hermosa paz que ha hecho caballero o capitán o príncipe, de Adán acá”. (Las Casas, Volumen I).

Francisco de Barrionuevo, hidalgo español que representaba a Carlos V, cuando el Tratado de Paz con Enriquillo, dijo, durante el convite que siguió al acuerdo: “Don Enrique, yo os tengo por uno de los más honrados y virtuosos capitanes que han habido sobre la tierra en todo el mundo hasta nuestro tiempo”. (Oviedo, Volumen I, libro 6, pág. 472).

No puedo terminar mi exposición sin hablar de un héroe excepcional de nuestro país, Eugenio Perdomo, joven mártir dominicano, arquetípico patriota que debiera ser el ejemplo de nuestra juventud, porque vivió y murió heroicamente y con alegría, sin dejar que sus preclaros ideales marchitaran su jovialidad. Por esto, quiero hablar con máximo respeto y admiración del poeta Eugenio Perdomo, que alcanzó la gloria en Santiago de los Caballeros en 1863.

Juan Daniel Balcácer, el joven y notable escritor dominicano, narra en un hermoso artículo periodístico dos anécdotas que reflejan como la dignidad, el honor y el valor hispanos, florecieron entre los dominicanos que se enfrentaban a la misma España.

Las dos anécdotas se refieren a los últimos momentos del presante mártir y poeta Eugenio Perdomo. Narra Balcácer como el 17 de abril de 1863, Eugenio Perdomo y varios compañeros más fueron

pasados por las armas de acuerdo con la sentencia pronunciada por un consejo de Guerra Permanente. Una tradición recuerda que cuando las autoridades españolas le ofrecieron a Perdomo un burro, para que llegara más cómodamente al lugar del fusilamiento, el mártir lo rechazó dignamente, diciendo: No, los dominicanos cuando van a la gloria van a pie...”

Hay otra tradición alusiva al hecho de que el día antes de ser fusilado, Eugenio Perdomo solicitó permiso al guardián que custodiaba su celda para visitar a Virginia Valdez, joven con quien mantenía relaciones amorosas. El custodio español accedió a la petición del criollo y hasta le prestó su uniforme, bajo el compromiso de que regresaría antes del amanecer. Y en cumplimiento de su palabra, el poeta volvió al alba, para enfrentarse a las balas del pelotón de fusilamiento.

En todo cuanto hemos dicho, hemos tratado de recorrer, rápidamente, la historia dominicana, espigando en la idiosincrasia de algunas máximas figuras, como Duarte, Luperón, Enriquillo y Eugenio Perdomo, los valores hispánicos más destacados, para probar cómo contribuyeron éstos extraordinariamente en la cimentación de la dominicanidad más pura.

